SOBRE UN «APUNTE» DE JUAN DE MAIRENA

La política, señores —sigue hablando Mairena—, *es una actividad importantísima... Yo no os aconsejaré nunca el apoliticismo, sino, en último término, el desdeño de la política mala, que hacen trepadores o cucañistas, sin otro propósito que el de obtener ganancia y colocar parientes. Vosotros debéis hacer política, aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros, y, naturalmente, contra vosotros. Sólo me atrevo a aconsejaros que la hagáis a cara descubierta; en el peor caso con máscara política, sin disfraz de otra cosa; por ejemplo: de literatura, de filosofía, de religión. Porque de otro modo contribuiréis a degradar actividades tan excelentes, por lo menos, como la política, y enturbiar la política de tal suerte que ya no podamos nunca entendernos.*

Y a quien os eche en cara vuestros pocos años bien podéis responderle que la política no ha de ser, necesariamente, cosa de viejos. Hay movimientos políticos que tienen su punto de arranque en justificada rebelión de menores contra la inepcia de los sedicentes padres de la patria. Esta política, vista desde el barullo juvenil, puede parecer demasiado revolucionaria, siendo, en el fondo, perfectamente conservadora. Hasta las madres —¿hay algo más conservador que una madre?— pudieran aconsejarla con éstas o parecidas palabras: «Toma el volante, niño, porque estoy viendo que tu papá nos va a estrellar a todos —de una vez— en la cuneta del camino».

La cita fue larga, pero necesaria. Cuando Antonio Machado escribió este pasaje, en un momento cualquiera de aquellos años remotos de 1934 a 1936, tenía, de sus propias edades de hombre, bastante experiencia vivida y aprendida como para hablar de jóvenes y de viejos con una mezcla de escepticismo y de ilusión que podemos reconocer en esta página actualísima de Juan de Mairena. Sesenta años son más que suficientes para comenzar a entender ciertos mecanismos del mundo, incluso cuando se va fuera de sus ventajas y servidumbres, como es regla general entre los poetas, y lo fue, en particular, en este caso. Considérense, por otro lado, las circunstancias de la vida pública de la España de entonces —crisis económica, conflicto institucional, inestabilidad política, agitación social— y encontraremos definido el cuadro ideológico propicio a aquellas manifestaciones de enfado y desencanto de las cuales se dice que son característica de la vejez, pero que, no

raramente, expresan mucho más el profundo desconsuelo cívicamente experimentado, como para tener que asistir al derrumbamiento, no digo de los sueños ideales, pero sí de las simples esperanzas de una vida justa. En el horizonte de España se perfilaba el espectro de la guerra civil, Europa y el Mundo contaban las armas y los hombres.

A pesar de todo, Juan de Mairena quiere todavía presentarse como confiado ante nuestros ojos. Divide salomónicamente la política en buena y en mala política, y, condenando con severidad a los políticos de la política mala, que son, a su juicio, y no por coincidencia, los viejos, llama a los jóvenes para que se decidan a hacer la política buena, aquélla que, definitivamente, será —se supone— portadora de la salvación de la patria y de la felicidad de los ciudadanos. Es cierto que, siendo Juan de Mairena un irónico, no es mal consejo leerlo siempre dos veces, no ya para descubrir en sus palabras un segundo o un tercer sentido, sino para desentrañar las sutilezas del tono, entender las mudanzas de registro estilístico, seguir el diseño elocuente de la sonrisa. Sucede que, de improviso, la lectura de un texto como este provoca unas ganas irresistibles de preguntarse si Juan de Mairena creía, de hecho, en lo que acababa de escribir. No me refiero, claro está, al sarcasmo desdeñoso con el que trata a los oportunistas, aquéllos que, según él, hacen, o convierten, en mala la política —esos *trepadores o cucañistas* para los que el ejercicio político no va más allá de un medio para ganar dinero y colocar a parientes, con el pretexto de servicio público—, pero dudo de que Mairena no tuviera presente, reflexionando sobre estas cuestiones, la vida de su creador Antonio Machado, quien, cuando era joven, habría esperado, sin duda, del mundo mucho más y mejor, de lo que el mundo mismo, con la indomable fuerza de los hechos, ahora le estaba imponiendo. Treinta años después, les tocará a los jóvenes del 68, de un modo aparentemente revolucionario, negarse a aceptar y a repetir los caminos que les habían sido preparados por sus padres —esos mismos (hablo de generaciones, no de países o de pueblos) de los que Juan de Mairena, en su *apunte,* parecía esperar tantas y tan diferentes acciones—. Hoy, y no creo que haya exageración crítica en este juicio, padres e hijos de todo el mundo, unidos, están finalmente de acuerdo sobre los objetivos útiles de la política, en el plano de los aprovechamientos personales que ésta siempre facilitó, pero que actualmente exalta: *obtener ganancia y colocar a parientes.*

Aunque de comportamiento escéptico, desengañado por cinismo indulgente, filósofo de raigambre tal vez estoica (sin embargo, si lo sabemos leer, de natural ingenuo y sencillo), Juan de Mairena imaginaba que fuera posible hacer política a cara descubierta, o, si el político tuviera que usar alguna máscara, que fuera, precisamente, la máscara política. Ahora bien, nosotros lo sabemos, y me sorprende que él no lo supiera entonces, que nadie usa nunca su propia máscara, y que la política necesita, no sólo de una máscara, sino de todas, cambiando de cara, de figura y de ademanes conforme a las necesidades tácticas y estratégicas, y llegando incluso al punto de utilizar, en los casos reconocidamente geniales, más de un disfraz al mismo tiempo, lo que, como es obvio, no significa que se reconozca de igual manera en cada uno de ellos. La más elemental lección de la Historia está ahí para decirnos que la máscara fue mil veces religiosa, que en algunos casos se adornó con rasgos

filosóficos, y en estos tiempos modernos nuestros ya se va haciendo escandaloso ver con qué frecuencia la política se aprovecha de la literatura. Y no es preciso hablar del espectáculo y de la comunicación de masa: qué indignadas y sarcásticas páginas escribiría hoy Juan de Mairena, si pudiera ver cómo es utilizado, en la mayoría de los casos, ese poderoso medio de información y cultura que es, o debería de ser, en principio, la televisión.

Espero que no se vea en estas reflexiones, de esplícita tinta pesimista, el disolvente propósito de persuadir a la juventud a vivir de espaldas a la política. No comparto la filosofía de vida de un Ricardo Reis, el heterónimo de Fernando Pessoa a quien me atreví a dar una vida complementaria, y que un día escribió: *Sabio es aquel que se contenta con el espectáculo del mundo.* Muy al contrario. Lo que yo desearía, sí, es que esos jóvenes prometedores practicaran, cuando se hagan viejos, una política tan buena como la que Juan de Mairena parece dispuesto a esperar de ellos a partir del momento en que, todavía novísimos, y habiendo apartado del volante al padre senil e irresponsable, nos condujeran rectamente por el camino, llevando consigo nuestra gratitud infinita y el justificado orgullo de todas las madres del mundo. Ahora bien, asimismo sobre este punto parece haberse engañado Juan de Mairena: los jóvenes, hoy, conducen sus propios automóviles, generalmente en dirección a los mismos desastres.

(Sin embargo...)

No toméis, sin embargo, al pie de la letra lo que os digo. En general, los viejos sabemos, por viejos, muchas cosas que vosotros, por jóvenes, ignoráis. Y algunas de ellas —todo hay que decirlo— os convendría no aprenderlas nunca. Otras, sin embargo, etc., etcétera.

Al final, Juan de Mairena no se ilusionaba demasiado sobre el aprovechamiento que sus alumnos eran capaces de extraer de sus lecciones de Retórica y Poética que les iba propinando. Este segundo *apunte,* con su irónico remate —*etc., etcétera*— vuelve a poner en su lugar aquella saludable dosis de escepticismo que consiste en esperar que cada uno cumpla con su deber —ayer, hoy, mañana, en la juventud y en la vejez, hasta el fin—, para, entonces, hechar las cuentas, tener una idea más o menos clara acerca de lo que somos y de lo que vamos a hacer. En verdad, hay razones para pensar que Juan de Mairena, al contrario de lo que dice de sí mismo, o Antonio Machado dijo por él, fue el menos apócrifo de los profesores...

JOSE SARAMAGO